

cribieron siempre Monte Sacro (1) y Monte Sacro repitieron los cronistas e historiadoras más inmediatos y mejor documentados de la revolución colombiana, como Restrepo (2) y O'leary (3). La confusión, al parecer, comienza en Larrazábal, quien en el mismo párrafo escribe Monte Sacro y Aventino, (4) considerándolos como una misma cosa, pero de tal suerte que, al describir la escena del juramento, la descripción se ajusta más bien al Monte Sacro, a cuyos pies corre el Anio, y de ninguna manera al Aventino, que del Anio queda a la distancia de algunos kilómetros. Después de nombrar el Aventino, Larrazábal escribe entre paréntesis *Sacrum Montem*, cosa imputable tal vez a distracción de un copista, ya que es *Mons Sacer* el auténtico nombre latino del ilustre collado romano que recibió el juramento del Libertador de América. Igual confusión continúa en muchos de los que escribieron después de Larrazábal, entre ellos Mancini (5) y Gil Fortoul. (6).

El error se explica fácilmente por el hecho de haberse más de una vez calificado de sacro al Aventino, como teatro que fué de justas reivindicaciones populares; pero esa misma calificación la merecieron en general todas las colinas de Roma, como particularmente la mereció el monte capitolino y puede el mismo Palatino merecerla, según el afecto o la intención política de quien escribe o habla. Pero, aun suponiendo que se tratase de una misma colina y que las palabras de Monte Sagrado o Sacro no fueran sino designación metafórica del Aventino, Bolívar nunca se hubiera servido de la designación metafórica. Su maravilloso instinto del estilo, patente en sus discursos y proclamas y en numerosos pasajes de su correspondencia, se hubiera rebelado a escribir dos palabras en vez de una y aún más escribir dos palabras que unidas no suenan muy bien en vez de esta única palabra, por sus cuatro vocales tan ricamente eufónica: Aventino.

Asimismo la profusa parrafada retórica puesta a modo de preámbulo del juramento (7) en labios de Bolívar y que tiene el aire de haber sido invención de don Simón Rodríguez, es indigna del héroe y puede tacharse de apócrifa. A la verdad, es la retórica del tiempo, la retórica de la Revolución y de Volney, muy atiborrada de nombres griegos o romanos. Bolívar no podía sustraerse a ella y, en efecto, no se desdeñaba de acudir a su uso; pero atemperándola, cuando lo hacía, con la no aprendida sobriedad y mesura del escritor de raza y con aquel su instinto del estilo por el que, valiéndose de palabras triviales y comunes, troquelaba de cuando en cuando medallas eternas.

El Aventino se halla sensiblemente hoy como en 1805. Dos curvas y empinadas calles lo atraviesan, la de Santa Prisca y la de Santa Sabina, orladas, en toda su longitud, por tapias de huertos, conventos e iglesias que impiden admirar el paisaje de Roma. Y si desde la calle de Santa Prisca se admira hoy ese paisaje, es porque hoy se puede entrar a uno de aquellos huertos donde hay establecido un restaurante llamado el *Castello dei Cesari*, obligada estación de los viajeros de paso por la ciudad. Desde la galería de cristales del restaurante se divisan en parte el

Palatino y el Celio: el prócer macizo de pinos de la Casina Farnese y la verde mancha de la Villa Mattei, en donde un tiempo ocultaron sus amores el Príncipe de la Paz y María Luisa.

El Aventino fué en la Roma primitiva o *Roma quadrata* el barrio popular o de la plebe. En cambio, el Monte Sacro o *Mons Sacer*, es el paraje distante de la ciudad a donde por primera vez hacia el año 259 ó 260 a. C. (8) la plebe, particularmente la del agro, después de no consentir en dejarse alistar para la guerra, se retiró, enojada de la rígida aplicación de las leyes contra los deudores. Reducida con halagos y promesas, años después, como no cumplieran sus promesas los patricios, ya con alguna organización y mejor preparada y apercebida a resistir, se retiró de nuevo al Monte Sacro. Privados así de cuantos ejercían los indispensables y más humildes oficios y menesteres de la república, se vieron los patricios en la necesidad forzosa de negociar, y a ese fin enviaron hábiles embajadores a la plebe. Entre ellos fué Menenio Agripa, quien con su elocuencia anatomofisiológica algo burda, entre bufa y seria, los persuadió a volver a la ciudad, terminando felizmente con un suceso que, por sus caracteres y origen, asume el significado de primera huelga de la Historia.

Recuérdese ahora cómo Simón Rodríguez, en punto de educación y de otras materias y disciplinas, fué un perfecto socialista *avant la lettre*. Después de decir que muchos socialistas han emitido ideas cuya prioridad pudiera vindicar don Simón Rodríguez, Amunátegui (9) lo define el primer socialista suramericano. Bastaría esto a sospechar por lo menos una secreta predilección o elección por la que el maestro del Libertador y su guía espiritual en la Ciudad Eterna enderezara deliberadamente al Monte Sacro los pasos del discípulo.

Sólo a título de documento curioso merece recordarse, al tratar de este asunto, el *Sketch of Bolivar in campaign*, (10) de un oficial de la Armada estadounidense. Después de visitar a Bolívar en su campamento de Huaraz en el Perú, aquel oficial, al escribir la narración de su viaje, atribuye al Libertador palabras que dan a la escena del juramento el marco insuperable del Palatino, a donde el Libertador ascendiera con Simón Rodríguez y otro compatriota. Palabras confiadas a la memoria, para ser transcritas después con más o menos fidelidad, tienen escaso valor, sobre todo confrontadas con el testimonio escrito y personal del protagonista.

Pero aún cuando faltara, que no es el caso, la autoridad irrefutable del propio Libertador, y a causa de ello pudiera subsistir la duda, nada importaría que la escena del juramento pasara en el Monte Sacro o el Aventino, en el Palatino o el Capitolio, en el Viminal o en el Janículo, en el Celio o el Quirinal, en el Monte Mario o en el Pincio, porque todo eso es Roma y siempre quedaría intacta la significación del juramento.

Bolívar fué el único de nuestros libertadores de la América del Sur que recibiese inspiración romana, por ser aquel cuyo sino coincidía en un punto esencial con el sino de Roma. Una afinidad secreta y poderosa debía atraer hacia la ciudad que intentó y estuvo a punto de realizar la unidad del imperio y de la fe, al hombre que ideó e intentó realizar la unión de los pueblos de la América hispana. Y una mañana de primavera, como yo me

(1) Carta de Bolívar a Simón Rodríguez, fechada en Pativilca, enero 17 de 1824.

(2) *Historia de la Revolución de Colombia*, pág. 180. Edición de Besancón, 1853.

(3) O'leary.—*Memorias*.—Edición de Caracas, 1883, tomo I, pág. 22 y 23.

(4) Larrazábal.—*Vida del Libertador Simón Bolívar*. Tomo I, pág. 15. New York, Imprenta O. E. Jenkins, 1865.

(5) *Bolívar et l'emancipation des Colonies espagnoles*, página 151, Librairie Academique, Perrin & Co, París, 1912.

(6) Gil Fortoul.—*Historia Constitucional de Venezuela*. Tomo I, pág. 206.

(7) *El libro del centenario*.—Bogotá, 1883, pág. 74, Manuel Uribe.

(8) Mommsen.—*Romische Geschichte*.—Edición de Berlín.—1874.—Tomo I.

(9) Amunátegui.—*Ensayos biográficos*.—Edición oficial de Santiago de Chile.—Tomo IV, pág. 228 y 237.

(10) Traducido con el título de *Cómo vivía Bolívar en campaña* y publicado en la *Lectura histórica semanal*, dirigida por Eloy G. González.